

**Libros, libreros y librerías en la Roma antigua**  
[Books, booksellers, and libraries in ancient Rome]

*A Paquita Moya, por el regalo de su amistad*

**José Luis Vidal\***  
Universitat de Barcelona\*\*

**Resumen:** En este trabajo se pretende mostrar cómo se producía la edición y venta de libros a lo largo de la historia de Roma, el tipo de público que los adquiriría y las bibliotecas privadas o públicas que los conservaban. Se ofrecen para ello, en su original latino y en traducción, una serie de testimonios de autores antiguos (especialmente Cicerón, Plinio el Joven, Séneca, Marcial). Cuestiones como el alcance de la difusión del libro en Roma y el grado de alfabetización de la sociedad romana son tratadas en su relación con el propósito fundamental del trabajo.

**Summary:** In this paper, the present author explores book edition and sale throughout Roman history, as well as the target audience of those books and the private and public libraries which stocked them. Some testimonies by classical writers, namely Cicero, Pliny the Younger, Seneca, and Martial, are provided in their original and translated version. Further issues such as book promotion and literacy rate are also tackled.

**Palabras clave:** El libro en Roma; fabricación, edición, venta, difusión

**Keywords:** Book and readers in ancient Rome; book making, edition, sale, promotion

**Recepción:** 01/10/2011 **Aceptación:** 02/02/2012

Quizá sea oportuno comenzar, *in medias res*, por la lectura de dos textos de Plinio el Joven y uno de Marcial que nos pueden ilustrar bastante bien sobre cuál era la difusión que podía alcanzar un libro publicado en Roma en las últimas décadas del siglo I d. C. En el primer texto Plinio da cuenta a Máximo, un corresponsal suyo, de

---

\* **Dirección para correspondencia:** Dpt. Filología Llatina. Universitat de Barcelona. Gran Via de les Corts catalanes, 585. 08007 Barcelona (España). E-mail: jlvidal@ub.edu.

\*\* Este trabajo se encuadra en el Proyecto de Investigación Financiado “Poetae latini Minores II” FFI2008-01759.

una conversación recientemente mantenida por él con su amigo Cornelio Tácito, el gran historiador romano:

Nunquam tamen maiorem cepi uoluntatem, quam nuper ex sermone Corneli Taciti. narrabat sedisse secum circensibus proximis equitem Romanum: hunc post uarios eruditosque sermones requisisse ‘Italicus es an prouincialis?’: se respondisse ‘nosti me, et quidem ex studiis’: ad hoc illum ‘Tacitus es an Plinius?’. exprimere non possum, quam sit iucundum mihi, quod nomina nostra quasi litterarum propria, non hominum, litteris redduntur, quod uterque nostrum his etiam ex studiis notus, quibus alter ignotus est.

“Pero nunca he sentido mayor satisfacción que en una conversación que hace poco he mantenido con Cornelio Tácito. Me contaba que en los últimos juegos en el circo se sentó junto a él un caballero romano, y que, tras variada e instruida charla, le preguntó: «¿Eres de Italia o de provincias?», y que él respondió: «Seguramente me conoces por alguna de mis publicaciones», a lo que el otro replicó: «Entonces o eres Tácito o eres Plinio». No tengo palabras para expresarte cómo me alegra ver vinculados nuestro nombres a las letras como si fueran nombres literarios y no de hombres, que cada uno de nosotros se conocido gracias a nuestro trabajo literario por aquellos que de otro modo nos desconocerían”<sup>1</sup>.

La interpretación justa del lugar de Plinio creo que es la siguiente: el desconocido quiere saber con quién está hablando y realiza una primera aproximación: “¿Eres de Italia o de provincias”? Y Tácito, que le adivina la intención, le responde: “Seguramente me conoces por alguna de mis publicaciones”. Es decir, le plantea una adivinanza al mismo tiempo que le da una pista. Y el otro lo ve claro: “O eres Tácito o eres Plinio”. Naturalmente lo que sirve a nuestro propósito no es tanto constatar el comprensible orgullo y la satisfacción de Plinio, como el hecho de que la anécdota pone de relieve que dos escritores romanos podían ser conocidos por la difusión de sus escritos. Y no tan solo en la *Vrbs*, en Roma, sino por todo el Imperio, como se ve claramente en el siguiente texto de Plinio: *Bibliopolas Lugduni esse non putabam, ac tanto libentius ex litteris tuis cognoui uenditari libellos meos, quibus peregre manere gratiam, quam in urbe collegerint, delector*. “Pensaba que no había libreros en Lugduno y por tu carta tuve el placer de saber que también allí vendíanse

---

<sup>1</sup> Plin. Caec. *Ep.* IX, 23, 2-3.

mis libritos. Me halaga que el éxito que obtuvieron en la ciudad persista fuera”<sup>2</sup>. Es también lo mismo que, con más gracia, dice Marcial:

Fertur habere meos, si uera est fama, libellos  
inter delicias pulchra Vienna suas.  
me legit omnis ibi senior iuuenisque puerque  
et coram tetrico casta puella uiro.

“Dícese que mis libros, si es cierta la noticia, tiene/ la bella Vienna entre sus más preciados bienes/ y que allí me leen todos, desde el viejo al niño pasando por el mozalbete/ y hasta la recatada muchacha en presencia de su serrote esposo”<sup>3</sup>.

Estos y otros pasajes que podrían añadirse, nos muestran que los libros gozaban de una difusión muy considerable en el mundo romano a finales del siglo I. Ahora bien, hasta llegar a ese estadio había sido necesario un largo proceso, cuya historia, sobre todo por lo que hace a sus orígenes, no podemos establecer con claridad. Efectivamente, nuestra información sobre la existencia de libros en los primeros tiempos de la ciudad es escasa e insegura. Tito Livio explica así esa oscuridad: *tum quod rarae per eadem tempora litterae fuere, una custodia fidelis memoriae rerum gestarum, et quod, etiam si quae in commentariis pontificum aliisque publicis priuatisque erant monumentis, incensa urbe pleraeque interiere*, “Durante todo este periodo [desde la fundación hasta la toma de Roma por los galos] fueron muy escasos los testimonios escritos, únicos guardianes fieles de los hechos históricos, y los que hubieran podido contenerse en los registros de los pontífices y en otros documentos públicos y privados, la mayor parte de ellos perecieron en el incendio de la ciudad”<sup>4</sup>.

En realidad lo poco que sabemos, se puede reducir a lo siguiente: Plinio el Viejo (*Nat.* XIII 13) nos conserva un relato del analista Casio Hémina, que escribió en la primera mitad del siglo II a.C., sobre el descubrimiento en el consulado de P. Cornelio Cetego y M. Bebio Pánfilo (= 181 a.C.), por parte de un escriba llamado Gneo Terencio, en la colina del Janículo, del sepulcro de Numa, lugar donde además se hallaron libros escritos sobre papiro. La preservación frente a la humedad y los

---

<sup>2</sup> Id. *Ibid.* IX 11, 2.

<sup>3</sup> Mart. VII 88, 1-4.

<sup>4</sup> Liu. VI 1, 2.

insectos de estos textos se atribuía a que habían sido depositados en una caja de piedra y habían sido impregnados con aceite de cedro. También en Tito Livio las referencias a un uso extendido de la escritura aparecen a partir del tiempo de Numa, es decir, a comienzos del siglo VII a.C. Así se atribuye a Numa el haber encargado a un alto sacerdote la conservación por escrito de las normas para las ceremonias religiosas (Liu. I 20). Del sucesor de Numa, Tulo Hostilio, se dice que encontró instrucciones que concernían a ciertos sacrificios entre las memorias (*comentarii*) de su predecesor y, finalmente, el rey Anco Marcio ordenó que se escribieran en un libro (*album*) todas las prescripciones de Numa y que se hicieran públicas (Liu. I 31, 8 –32, 2).

Mayor garantía merecen las noticias sobre el censo del rey Servio (Liu. IV 4, 2), a principios del siglo VI a.C., cuya realización implica un uso extendido de la escritura. A eso apuntan también diversas historias transmitidas por Livio: cartas cruzadas entre los Tarquinos y sus partidarios en Roma; historia del escriba del rey etrusco Porsenna, muerto por C. Mucio, quien lo confundió con el propio rey; historia de los libros sibilinos, etc. Para el siglo V a. C. tenemos la historia de una embajada enviada a Atenas para transcribir las leyes de Solón y la leyenda de Virgino incluye una referencia a la existencia de escuelas (*litterarum ludi*) en el Foro. Todos estos datos exigen que el uso de la escritura y del oportuno material necesitado fuera algo relativamente extendido, pero no suponen todavía el uso generalizado del libro por excelencia en la Antigüedad, el rollo de papiro o *uolumen*. Éste tuvo que ser tempranamente conocido en Roma, porque en Grecia se había generalizado por lo menos desde el siglo VI a.C.; pero conocido no quiere decir difundido. Para los primeros siglos de Roma Livio habla repetidas veces —generalmente citando como fuente autorizada a Licinio Mácer, un analista del siglo II a.C.— de los *libri lintei* (Liu. IV 7, 12; 13,7; 20, 8; 23, 3) o libros escritos en lino o tela, que se custodiaban en el templo de Jano Moneta y que parecen haber contenido registros de los nombres de magistrados. Dice así Tito Livio:

his consulibus cum Ardeatibus foedus renouatum est; idque monumenti est consules eos illo anno fuisse, qui neque in annalibus priscis neque in libris magistratuum inueniuntur [...] Nomina horum Licinius Macer auctor est et in foedere Ardeatino et in linteis libris ad Monetæ ea [consulum nomina] inuenta,

“En el año del consulado de estos [= 439 a.C.] se renovó el tratado con los habitantes de Árdea; y es sólo la memoria la que preservó los

nombres de los cónsules de aquel año, una vez que tales no constan en los anuarios más antiguos ni en los libros de las magistraturas [...] Según Licinio Mácer aquellos [nombres de cónsules] se encontraban, sin embargo, tanto en el tratado con Árdea como en los libros línteos depositados en el templo de Moneta”<sup>5</sup>.

El mismo Plinio el Viejo en el famoso pasaje dedicado a la fabricación del *uolumen* de papiro (*Nat.* XIII 12-21) nos dice que con anterioridad al uso de éste se utilizaba el lino como soporte de la escritura para anotaciones de uso privado. De hecho, el principal testimonio de la escritura etrusca se conserva sobre las bandas de una momia de época helenística tardía o romana, hoy en el museo de Zagreb. Desconocemos la fecha y la extensión del uso de estos *libri linthei* romanos, pero sin duda ya no se usaban en tiempos de Tito Livio, quien en ninguna de las ocasiones en que los menciona, hace alusión a haberlos conocido directamente.

Fuera lo que fuere de estas formas de anales escritos o de listas de magistrados, el hecho es que no se puede hablar de libros ni de lectores en Roma hasta que no hay literatura y esta no existe propiamente hasta que no eclosiona en el siglo III a.C. como resultado de la influencia griega. Incluso no es hasta el siglo siguiente cuando podemos hablar de ella como de algo estable y generalizado. Efectivamente, un Nevio, un Ennio y un Plauto en plena producción literaria implican la existencia de un público lector y de la circulación de libros manuscritos sobre papiros. Pero durante la larga crisis de la segunda guerra púnica no se daban precisamente las mejores circunstancias para el asentamiento de una sociedad de lectores. Es en la siguiente generación y en torno a círculos conscientemente helenizados, como el de los Escipiones, cuando tal tipo de sociedad queda definitivamente consolidada.

¿Qué alcance tuvo la difusión del libro en esa época? No muy grande, desde luego. De ninguna manera cabe imaginar el hábito de la lectura como algo extendido entre la población de Roma en el siglo II a.C. La lectura no puede ir más allá de donde llega la educación y la educación estaba confinada a una clase muy restringida. Fue en el seno de esta clase, a partir de la época de Escipión el Joven, donde es plausible suponer que los libros circularon con frecuencia, aunque el número de ejemplares de cada obra en particular no pudo ser muy numeroso. La literatura griega, en primer lugar, pero también los poemas de Nevio y Ennio, alcanzaron familiaridad entre las elites romanas. La literatura griega, naturalmente, la habían

---

<sup>5</sup> Liu. IV 7, 10-12.

traído los libros griegos y Roma se familiarizó con el rollo de papiro, que a partir de entonces se convirtió en la forma estándar del libro en el mundo romano, como desde mucho antes lo había sido en el mundo griego. Podemos suponer que el público de lectores debió de ir consolidándose progresivamente –aunque en realidad no podemos estudiarlo bien hasta la época de Cicerón y de Ático– mientras que en el mundo helenístico alejandrino existía desde el siglo III a.C. Hacia el final de la república la organización de la cultura está definitivamente fundada sobre el libro que, “con su transportabilidad y repetitividad, crea un cosmopolitismo literario nuevo”<sup>6</sup> en Roma. Es a Catulo a quien debemos la más temprana descripción latina de la apariencia externa de un *uolumen* : *Cui dono lepidum nouum libellum / arida modo pumice expolitum*, “¿A quién dedicaré este donoso nuevo librillo/ recién pulido con la secante pómez?”<sup>7</sup>.

### La publicación de libros en Roma

La época de Cicerón es también y por consecuencia de lo que llevamos dicho, la primera que conoce en Roma un comercio del libro organizado, por así decir, a escala industrial<sup>8</sup>. El primer romano que se dedicó a la fabricación y publicación de libros a gran escala fue Tito Pomponio Ático, el amigo de Cicerón. La correspondencia de Cicerón con él nos ha conservado noticias preciosas de su gran negocio editorial. Ático, que conoció durante su larga estancia en Atenas el floreciente comercio del libro griego, se impuso con facilidad en Roma sobre cualquier posible competencia. El mismo Cicerón, que al principio se había cuidado personalmente de la publicación y difusión de sus obras, por ejemplo del *De inuentione*, escribe más tarde a Ático: *Ligarianam [orationem] praeclare uendidisti. Posthac quicquid scripsero tibi praeconium deferam*, “Vendiste estupendamente mi discurso a favor de Ligario. A partir de ahora todo cuanto escriba, te lo pasaré para que te encargues tú de su promoción”<sup>9</sup>.

La manufactura y la escritura material del libro corría a cargo de esclavos especializados (*serui litterati*). Se trataba normalmente de griegos, que eran tenidos en

<sup>6</sup> La expresión es de G. CAVALLO (ed.), *Libri, editori e pubblico nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari, 21977, p. XIX.

<sup>7</sup> Catul. 1, 1-2.

<sup>8</sup> Eso lo estableció ya en un estudio clásico E. STEPLINGER, *Buchhandel im Altertum*, Múnich, s. d. (pero 1927), p. 12.

<sup>9</sup> Cic. *ad Att.* XIII 12, 2.

gran estima y, por ende, pagados muy caros, de manera que poseer un *staff* de copistas representaba poseer un capital considerable. Por un esclavo con un ligero barniz de griego (*litterulis Græcis imbutus*) dice Horacio<sup>10</sup> que se pagaban ocho mil sestercios y en cien mil sestercios fija Séneca, medio siglo más tarde, el precio de un auténtico *seruus litteratus*<sup>11</sup>.

La producción material de libros se conseguía por medio de la utilización de un elevado número de copistas que trabajaban al mismo tiempo. No estaba del todo claro si el libro que se iba a reproducir les era dictado —que es lo más probable— o si el original se distribuía por partes entre ellos. Stemplinger —un clásico de la historia del libro antiguo— llega a afirmar que una gran cantidad de esclavos escribiendo al dictado al mismo tiempo producía aproximadamente lo que en su tiempo (1927) una máquina tipográfica<sup>12</sup> y, según Birt, un esclavo podía escribir en dos horas el segundo libro de los epigramas de Marcial (24 páginas en la edición de Oxford) y, por tanto, un ejemplar completo de Marcial en 17 horas<sup>13</sup>. Así un editor que utilizara cien copistas escribiendo simultáneamente al dictado podía en unos quince días lanzar al mercado una edición de mil ejemplares. Naturalmente los editores acuciaban a los copistas para que fueran más deprisa y en menos tiempo —y por tanto a menos costo— produjeran más ejemplares. El resultado de acelerar el “tempo” era, naturalmente, un incremento de erratas por falta de atención del copista. Las quejas de los autores —y no menos de los lectores— por los sinsentidos escritos por los copistas son frecuentes. Cicerón se lamenta de que sus libros circulen “llenos de errores”. Estos eran mayores en los libros latinos: los *serui litterati* eran, como se ha dicho, griegos y se equivocaban al escribir una lengua ajena: *de Latinis [libris] uero quo me uertam nescio; ita mendose et scribuntur et ueneunt*, “para los libros en latín ya no sé a quién recurrir, pues tan llenos de errores se escriben y se venden”<sup>14</sup>. Con un estado de ánimo menos irritado y de una forma más graciosa afirma Marcial:

Si qua uidebuntur chartis tibi, lector, in istis  
siue obscura nimis siue latina parum,

<sup>10</sup> Hor. *epist.* II 2, 8.

<sup>11</sup> Sen. *epist.* 27, 7.

<sup>12</sup> STEMLINGER, *op. cit.*, p. 14.

<sup>13</sup> La opinión de BIRT (sacada de su libro *Das antike Buchwesen in seinem Verhältniss zur Literatur*, Berlín, 1882, reimpr. Amsterdam, 1959) es citada por STEMLINGER, *ibid.*

<sup>14</sup> Cic. *ad Quint.* III 5,6.

non meus est error: nocuit librarius illis,  
dum properat uersus adnumerare tibi.

“Si en estas, lector, páginas algo parécete/ demasiado oscuro o poco latino,/ no es culpa mía, es culpa del librero/ quien siempre anda con prisas por hacerte llegar mis versos”<sup>15</sup>.

Los editores más sensibles intentaban evitar esas faltas empleando a lectores especiales encargados de la corrección, como nuestros modernos correctores. Han llegado hasta nosotros fragmentos de papiros con tales correcciones y sabemos que los autores daban un gran valor a los ejemplares de sus obras corregidos con cuidado.

La correspondencia de Cicerón a Ático es un material valiosísimo para estudiar el proceso de la producción y puesta en circulación de un libro en Roma. Cicerón se preocupa con una frecuencia casi obsesiva de la corrección de sus ejemplares:

Libri ad Varronem non morabuntur. sunt enim adfecti, ut uidisti; tantum librariorum menda tolluntur. de quibus libris scis me dubitasse, sed tu uideris. item quos Bruto mittimus in manibus habent librarii,

“Con los libros para Varrón no hay que demorarse, pues, como viste, ya están acabados. No hay más que corregir las erratas de los copistas. Sobre algunos de aquellos ya sabes que tuve dudas, pero tú verás. También los libros que a Bruto dirigimos, los tienen ahora los librerías”<sup>16</sup>.

Cicerón alguna vez advierte a Ático sobre unas correcciones que a veces llegan a tiempo de ser incorporadas, lo que demuestra la paciencia y la generosidad de Ático:

«Chremes, tantumne ab re tua est oti tibi [Ter. *Heauton*. 75]» ut etiam Oratorem legas? macte uirtute! mihi quidem gratum, et erit gratius si non modo in tuis libris sed etiam in aliorum per librarios tuos Aristophanem reposueris pro Eupoli.

“«¿Tanto tiempo libre, Cremes, te dejan tus asuntos [Terencio, *Heauton*. 75]?» como para que incluso puedas leer mi *Orador*? ¡Magnífico!

<sup>15</sup> Mart. II 8, 1-4.

<sup>16</sup> Cic. *ad Att.* XIII 23, 2.

Ciertamente me alegra, y más que me alegrará sino sólo entre tus libros sino también entre los de los demás consigues que tus librerías reemplacen a Éupolis por Aristófanes”<sup>17</sup>.

En una ocasión Cicerón regaña a Ático por haber puesto en circulación ejemplares sin la última corrección del *De finibus*:

Dic mihi, placetne tibi primum edere iniussu meo? hoc ne Hermodorus quidem faciebat, is qui Platonis libros solitus est diulgare, ex quo “λόγοισιν Ἐρμόδωρος”. quid illud? rectumne existimas cuiquam <ante quam> Bruto, cui te auctore προσφωνῶ? scripsit enim Balbus ad me se a te quintum de finibus librum descripsisse; in quo non sane multa mutavi, sed tamen quaedam. tu autem commode feceris si reliquos continueris, ne et ἀδιόρθωτα habeat Balbus et ἔωλα Brutus,

“Dime, pues, qué placer te proporciona el editar mi obra sin mi permiso. Ni el mismo Hermodoro, que solía dar a conocer los libros de Platón, hacía esas cosas, de donde viene el dicho de “en palabras de Hermodoro”. Entonces ¿qué? ¿estimas correcto dárselo a conocer a cualquier otro antes que a Bruto, a quien, bien sabes, me dirijo? Me escribió Balbo que te había copiado entero el libro quinto del *Sobre los límites*, libro en el cual, es verdad, no hice muchos cambios pero sí algunos. Harás bien si continuas copiando de modo que Balbo no tenga libros sin corregir y Bruto recibidos de segundas”<sup>18</sup>.

Son pocas las noticias que tenemos sobre el número de ejemplares que tenía una edición<sup>19</sup>. Plinio el Joven (*Ep.* IV 7, 2) menciona en una ocasión una edición de mil ejemplares. Pero se trata de un libro distribuido como obsequio entre amigos y clientes, es decir, lo que llamaríamos hoy una edición privada. A este respecto volvemos a tener una fuente de información preciosa en una carta que Cicerón dirige a Ático, pidiéndole que introduzca una corrección cuando la tirada ya ha sido

---

<sup>17</sup> Id. *ibid.* XII 6 a, 1. En el pasaje en cuestión del *Orator* (29) toda la traducción manuscrita ofrece ‘*Aristophane*’, es decir, que el aviso de Cicerón llegó a tiempo y el texto fue corregido como él quería.

<sup>18</sup> Cic. *Ad Att.* XIII 21 a, 1.

<sup>19</sup> Sobre eso intenta dar alguna luz H. L. PINNER, *Books in classical antiquity*, Leiden, 1948, p. 32

terminada. Tampoco aquí podemos dar cifras precisas. La obra en cuestión es el *Pro Ligario*. Cicerón menciona en él por descuido a una persona equivocadamente. Cuando alguien le ha hecho ver el error, Cicerón pide a Ático que lo haga corregir en cada ejemplar y que emplee para ello a tres copistas expresamente mencionados en la carta, Farnaces, Anteo y Salvio. Si se necesitaba a tres copistas escogidos para corregir un error pequeño es que la edición tenía que ser muy grande:

Brutus mihi T. Ligari uerbis nuntiauit, quod appelletur L. Corfidius in oratione Ligariana, erratum esse meum. sed, ut aiunt, μνημονικὸν ἀμάρτημα [...] da igitur, quaeso, negotium Pharnaci, Antaeo, Saluio ut id nomen ex omnibus libris tollatur,

“Bruto me advirtió de unas palabras en el discurso a favor de Ligario, diciendo que cometí el error de incluir a L. Corfidio en el discurso; sin embargo se trata, como dicen, de un error mnemotécnico [...] avisa, pues, por favor, a Farnaces, Anteo y Salvio para que retiren ese nombre de todos los libros”<sup>20</sup>.

### Librerías en Roma

Las primeras librerías, en el sentido comercial del término, o sea, tiendas de libros de que tenemos constancia en Roma se remontan a la época de Cicerón y de Catulo. Estaban situadas en los mejores lugares de los barrios comerciales y eran lugar de encuentro de eruditos y bibliófilos. Sabemos bastante de algunos libreros de la época del principado y del imperio así como de los lugares donde tuvieron sus negocios, que aun pueden ser rastreados hoy en día. Así ocurre con el taller y librería de los *Sosii*, los editores de Horacio: *Vortumnum Ianumque, liber, spectare uideris, / scilicet ut prostes Sosiorum pumice mundus*, “Pareces, libro mío, mirar hacia donde Vortumno y Jano, / como queriendo presentarte pulido por la piedra pómez de los Sosios”<sup>21</sup>.

Vortumno tenía una estatua dedicada en el *Vicus Tuscus* y a su lado estaba el pórtico de Jano, lugar de banqueros y cambistas, ambos en el centro del foro, detrás

<sup>20</sup> Cic. *Ad Att.* XIII 44, 3. Esta vez, en cambio, el aviso de Cicerón no debió llegar a tiempo, porque en el lugar del *Pro Ligario* al que se refiere (33) toda la tradición manuscrita lleva ‘*L. Corfidium*’.

<sup>21</sup> Hor. *epist.* I 20, 1-2.

del lugar donde hoy se levantan todavía las tres columnas corintias de lo que fue el templo de Cástor. Si desde aquí cruzamos el foro hasta el lugar de la iglesia redonda de los santos Cosme y Damián, habremos llegado a las ruinas del templo de la Paz, levantado por Vespasiano; Secundo, uno de los editores de Marcial, tenía allí su negocio:

ne tamen ignores ubi sim uenalis, et erres  
urbe uagus tota, me duce certus eris:  
libertum docti Lucensis quaere Secundum  
limina post Pacis Palladiumque forum,

“Para que sepas dónde puedas comprarme, y no vayas/ por ahí bambando por toda la ciudad, seré tu guía y así darás en el blanco:/ pregunta por Secundo el liberto del sabio Lucense/ tras la entrada al Templo de la Paz y el foro de Palas”<sup>22</sup>.

Si avanzamos cien pasos en dirección al Capitolio nos encontraremos en el lugar del *Forum Iulium*, el foro de César, desde el que partía el populoso barrio de Argileto que llegaba hasta el Esquilino. Allí tenía el librero Atrecto su negocio y en la proximidad había más librerías; en su entrada se apilaban los últimos libros editados, con sus etiquetas de autor y de título. Parece ser que las librerías disponían de rincones o salitas donde se exhibían muestras de los libros más recientes, con objeto de excitar la curiosidad del bibliófilo. Vale la pena que nos detengamos sobre la respuesta que da Marcial a alguien que le pedía un ejemplar de su libro:

quod quaeris propius petas licebit.  
Argi nempe soles subire letum:  
contra Caesaris est forum taberna  
scriptis postibus hinc et inde totis,  
omnis ut cito perlegas poetas.  
illinc me pete. Nec roges Atrectum  
hoc nomen dominus gerit tabernae:  
de primo dabit alterou nido  
rasum pumice purpuraque cultum  
denaris tibi quinque Martialem,

---

<sup>22</sup> Mart. I 2, 5-8.

“Lo que deseas puedes ir a buscarlo más cerca/. Sueles pasar, me parece, por el barrio de Argileto:/ en frente del foro de César hay una tienda,/ con los montantes de la puerta cubiertos de rótulos,/ de manera que podrás leer de una vez todos los nombres de los poetas:/ búscame allí. No le preguntes a Atrecto/ —así se llama el dueño de la tienda—;/ del primero o del segundo estante te dará/ por cinco denarios un Marcial/ pulido por la piedra pómez y ornado con púrpura”<sup>23</sup>.

Al lado de las librerías estables se ponían también los libreros de ocasión que amontonaban sus libros en los pórticos y en las esquinas. A la vuelta de un viaje a Grecia, Aulo Gelio nos cuenta que en el mismo puerto de Brindis compró un buen montón de libros griegos por cuatro perras (Gell. IX 4,1). Los libros de poco éxito o pasados de moda iban a parar a los libreros de provincias; Horacio advierte a su último libro del que puede ser su destino final, amontonado en Útica o en Ilerda:

carus eris Romae, donec te deserat aetas:  
contrectatus ubi manibus sordescere uolgi  
coeperis, aut tineas pasces taciturnus inertis  
aut fugies Vticam aut uinctus mitteris Ilerdam,

“Gustarás en Roma mientras seas joven;/ pero cuando empieces a estropearte, manoseado por todo el mundo,/ o te comerán sin que puedas decir nada las polillas, que no saben leer,/ o te irás a esconder a Útica o te enviarán embalado a Lérida”<sup>24</sup>.

Pero también en provincias había buenas librerías, como las antes mencionadas de Vienne (Vienna) donde se encuentran libros de Marcial o las de Lyon (Lugdunum). Dentro del comercio librero una especialidad era la venta de libros raros o preciosos generalmente por su antigüedad. Esto llevaba a los desaprensivos a falsificarlos, manipulando libros nuevos para conseguir que tuvieran un aspecto venerable. Libanio nos cuenta algo verdaderamente ridículo: una ocasión en que encontró puesto a la venta... el manuscrito original de la *Odisea*.

Roma fue siempre el centro del comercio librero, incluso en y después de su decadencia. Sulpicio Severo (*Dial.* I 23,4) nos cuenta a principios del siglo V que su

<sup>23</sup> Mart. I 117, 8-17.

<sup>24</sup> Hor. *Epist.* I 20, 10-13.

libro sobre la vida de San Martín fue llevado a Roma para darlo al público allí en primer lugar y que los editores y librerías de todo el mundo hicieron grandes pedidos de él, a pesar de su elevado precio. Y mucho más tarde, en la primera mitad del siglo VII nos cuenta Beda el Venerable que Benedicto, abad de Wearmouth, trajo a casa, en Inglaterra, después de un viaje a Roma, “una gran cantidad de libros de todas clases”<sup>25</sup>.

### Antiguas bibliotecas y bibliófilos

Las colecciones privadas de libros en Roma son anteriores al establecimiento de bibliotecas públicas. Los primeros romanos de quien sabemos que tuvieron importantes bibliotecas son generales victoriosos como Emilio Paulo, Sila y Luculo, que se las trajeron a Roma como botín de guerra. Luculo, a quien injustamente sólo recordamos por sus aficiones gastronómicas, reunió —nos cuenta Plutarco (*uit. Luc.* 42)— una excelente colección de libros que muy generosamente ponía a disposición de los eruditos. Nos constan también las estupendas bibliotecas que Cicerón reunió en sus *uillæ* y, en general, parece ser que una buena biblioteca era un artículo de lujo que distinguía las casas patricias en Roma.

La primera biblioteca pública se fundó bajo Augusto. En el 39 a.C. Asinio Polión, el amigo de Virgilio y de Horacio, la fundó con el botín de su campaña en Dalmacia. Pero muy poco después el propio Augusto construyó dos bibliotecas, una en el campo de Marte y otra en el Palatino, ambas con sendos edificios, uno para los libros griegos y otro para los latinos, de acuerdo con un plan diseñado ya por Julio César y al que se atuvieron sucesivamente los emperadores siguientes. Digamos de paso que esta distribución nos muestra que los autores latinos cuyos textos existían entonces podían presentar una magnitud comparable a la de los griegos. A partir de este momento la fundación de bibliotecas públicas se convirtió en costumbre imperial. De todas ellas no han quedado sino escasas ruinas de la Biblioteca Ulpia, construida por Trajano en su foro y que aún existía, pues la conoce Sidonio Apolinar, en el siglo V d.C.

Desde el siglo I se desarrolló una auténtica bibliomanía en los círculos de la alta sociedad romana y sobre todo en los *parvenus* que aspiraban a formar parte de ellos. No había *uilla* romana digna de tal nombre que no tuviera una lujosa biblioteca,

---

<sup>25</sup> Estas anécdotas, así como la anteriormente referida de Libanio las leemos en PINNER, *op. cit.* en n.19, pp. 48-49.

como tampoco, por no decir otra cosa, un espléndido baño. Séneca denuncia con vehemencia a los nuevos ricos que acumulan libros para ornamentación de las paredes:

Quo innumerabiles libros et bibliothecas, quarum dominus uix tota uita indices perlegit? [...] Quid habes cur ignoscas homini armaria <e> citro atque ebore captanti, corpora conquienti aut ignotum auctorum aut inprobatorum et inter tot milia librorum oscitanti, cui uoluminum suorum frontes maxime placent titulique? Apud desidiosissimos ergo uidebis quidquid orationum historiarumque est, tecto tenus exstructa loculamenta; iam enim inter balnearia et thermas bibliotheca quoque ut necessarium domus ornamentum expolitur,

“¿Para qué tantísimos libros y bibliotecas si su dueño, aun dedicando a ello su vida entera, no llegará a leer completos ni los títulos? [...] ¿Qué te puede hacer perdonar a un hombre que colecciona armariadas de cidro o marfil, que recluta obras de autores o totalmente desconocidos o bien reprobables y que bosteza entre millares de libros, a ese cuyo mayor placer son los títulos y las portadas de sus volúmenes? En las casas de los más gandules verás algo de historia y oratoria en cajones apilados hasta el techo; ahora ya junto a los baños y las termas cualquier casa que se precie, cuenta también con una biblioteca como un aditamento indispensable”<sup>26</sup>.

Trimalción, del que en el “Satiricón” se ofrece tan vívido retrato, era también uno de esos nuevos ricos, pues presume entre sus convidados, de tener una biblioteca, cosa que debía de creer indispensable, por lo menos a efectos decorativos<sup>27</sup>.

La única biblioteca privada que ha llegado hasta nosotros en un estado que permite ver cómo fue en la Antigüedad es la de la famosa Villa de los Papiros en Herculano. Cuando se excavó en 1754 se encontró una pequeña habitación en la que había centenares de *uolumina*, de rollos de papiro reducidos a cenizas entre restos de cajas para ellos ornamentadas con ataraceas. Las cajas de libros se disponían en los estantes de las paredes, en el centro de la habitación una mesa para consultar los libros. No obstante esta pequeña biblioteca a duras penas puede dar una idea de lo que eran las lujosas estancias donde se guardaban los libros en las casas de los patricios, cuyo lujo y magnificencia apenas cedían ante los de las bibliotecas imperiales.

<sup>26</sup> Sen. *de tranqu. Anim.* 9, 6-7.

<sup>27</sup> Petron. *Sat.* 48, 4.

Las bibliotecas que sobrevivieron hasta el siglo quinto de nuestra era habían pasado a albergar desde doscientos o ciento cincuenta años antes a unos nuevos inquilinos, los *codices* que dieron fin a casi mil años de libros escritos en *uolumina*, es decir, en rollos de papiros. Algunos de esos inquilinos han llegado hasta nosotros, pero con las hermosas casas que los albergaron las invasiones bárbaras fueron menos benévolas que las cenizas del Vesubio. Y perecieron cuando con ellas pereció el mundo antiguo.